

M - 325.485

S. P.

Por ELICIO DOMBRIZ ANDRADA

DECIDIDAMENTE, ya se estaba haciendo viejo para madrugar tanto. En el invierno, que ya se presentía, no habría otro remedio que buscar a alguien que le hiciera un turno. Ya eran muchas horas de volante.

Sentándose a los pies de la cama se ató trabajosamente los zapatos, después los sacudió el polvo con los calcetines del día anterior, y, como siempre, se asombró de lo que le duraban. Claro que él andaba muy poco.

Cuando salía, pasó por la cocina y recogió de encima del armario su bocadillo, el de la derecha, porque el de la izquierda era para Paquito, gracioso niño de veintisiete años que ni a tiros se casaba.

—Claro, se ha acostumbrado a la buena vida y ahora no hay quien lo case.

Paquito estaba también un poco harto de escuchar siempre las mismas palabras de labios de sus padres, pero comprendía que eran manías de gentes que van haciéndose viejas...

Antes de marcharse pasó por la habitación de su hijo:

—Arriba, llámón.
Eran palabras rituales. Paquito nunca supo por qué su padre siempre se despedía de él con aquel extraño saludo con el que le anunciaba que había llegado la hora de levantarse.

Cerró la puerta con cuidado. Cuando bajaba la escalera notó un dolor extraño en la rodilla.

—Va a llover. A ver si me acuerdo luego de escuchar al «Hombre del Tiempo».

En el portal estaba Amancio, el portero. Con una bayeta atada a una escoba, para no tener que agacharse, limpiaba los suelos. En los labios, la colilla de su segundo cigarrillo.

—Buenos días.
—Hola, buenos días. ¿Cómo va ese nieto?

—Haciéndose esperar. Ayer trajimos otra vez a mi nuera a casa.

—Vaya por Dios. Ya tendrán ustedes ganas...
—Figúrese. Pero llegará.

—Seguro.
Cerca de su casa estaba el garaje. Ambiente tibio de tapicerías, gasolina y neumáticos. Luis, grandes ojeras amarillas, pelo muy lacio sin peinar, con mono y alpargatas sin calzar del todo, se acercó.

—Hola, Luis.
—¿Qué hay, don Paco?

—Nada nuevo. Oye, a ver si te enteras de algún buen mecánico al que interese hacerme un turno.

—¿Va usted a comprar otro coche?

—No, es para el que tengo. Quiero descansar un poco.

—Hace usted muy bien. Hay que disfrutar la vida cuando todavía se puede.

—Es lo que yo digo.
—¿Tiene usted hoy buen humor?

—¿Por qué?
—Porque... don Enrique, el del 86, anoche, cuando vino a encerrar el 600..., dio el suyo. No ha sido mucho, un arañazo. Mire.

—Un arañazo... Si se ha llevado

media aleta. Será «desgraciado» el tío.

—Es que aún no conduce muy bien.

—Lo que yo no me explico es cómo le han dado el carnet. Creen que con diez días que vayan a una academia es suficiente, y allí no enseñan más que bobadas.

—¿Sabe usted lo que preguntaron el otro día a un primo mío? Le preguntaron quién tenía preferencia de paso, si un coche de la Policía o un entierro.

—Digo yo que será la Policía, porque lo que es el otro... ¿Has cogido los datos del 600?

—Sí, señor.
—Dámelos cuando vuelva a comer. Llevaré el parte esta tarde a la Mutua.

—Le he puesto agua en el radiador. Estaba casi consumida.

—Con estos calores... ¿Has visto a Andrés?

—¿Qué Andrés?
—El del Citroën.

—Bueno. No saldrá hasta lo menos las once.

—¿Por qué?
Ha venido a encerrar de madrugada. Por lo visto le salió un buen plan con una fulana que encontró en la Gran Vía.

—Ese siempre está de lío.

—Es que él es joven, y como tiene planta y perras...

—Eso le perderá.
—Sí, pero mientras te lo pasa de muerte.

—También es verdad. Hasta luego.
—Adiós.
—Si te marchas, deja los datos a Jacinto.

—Descuide. Que no pase usted mucho calor... ¿Lleva la gorra?

—Valiente tontería eso de la gorra. ¿Qué más les dará a los clientes que lleve gorra o no? Ahora que, en cuanto haga cuatrocientas pesetas, me voy a casa y no salgo hasta mañana.

—¿Y esta tarde a dormir?

—No, hombre, no. Esta tarde al cine con mi mujer. Al Quevedo.

—Hasta la noche, don Paco.
—Adiós, salao.

En un quiosco cercano compró el «ABC» y una cajetilla de Celtas largos. Puso de nuevo el coche en marcha.

—Taxi.
—Voy a desayunar.
—Pronto empezamos.

—¿Qué se habrá creído?
Siguió su camino hasta un pequeño bar de Bravo Murillo. Allí tenían cita diaria varios amigos del mismo oficio.

—Hola, don Paco.
—Hola.

—¿Lo de siempre?
—Igual.

—Buenos días.
Hola, Castro.

—¿Qué dice el periódico?
—No sé. aún no lo he abierto.

—Ove, pomme un par de porras.
—¿Cómo va la guerra?
—¿Cuál de ellas?
—La fría.

—Con sus bombas. Unos echan la culpa a los otros, y vengán megatono-



nes. Algún día se equivocarán y... adiós.

Otro grupo.
—¿Sabes qué se va a Alemania el hijo del Julián?

—¿Para siempre?

—Eso nunca se sabe. Todos dicen que vuelven, pero luego...

—El chico de un vecino mío, que se fue, se casó con una alemana.

—Pues ya hay que tener estómago, porque con la fama que tienen.

—Conoci yo una en Alicante que salimos la primera noche de conocerlos y ya...

—Oye, a mí me dijiste una vez que era sueca.

—Bueno, pero Suecia y Alemania están muy cerca.

Un poco más allá.

—...y me dijo: «Ya tengo gana de charlar con él un rato», y yo le dije: «Pues vete un día por casa del Evaristo, los viernes por la tarde, como libramos, nos reñimos allí». Y él me dijo: «Pues tengo que bajar un día».

—Es que antes siempre me cortaba él el pelo, pero ahora voy donde me pilla de camino.

Paco:
—Pues me ha hecho un arañazo que casi ocupa toda la aleta.

—Pero no te pondrán pegas.
—Suongo que no.

Lleña otro:
—Deme un «cortao».

—Esta tarde llevaré el parte.
—Que te lo firme Luis como testigo.

En una mesa:
—...todas menos latin y geometría.

—Pero ¿para qué les hacen estudiar esas bobadas? Mira tú que latin...

—Digo yo que será por si alguno quiere ser cura.

—O de esos que coleccionan mariposas.

—¿Tú crees que Del Sol sabe latin? Y ahí lo tienes.

Paco se despidió. Había dejado el coche al sol y ahora estaba el plástico de los asientos como la plancha de una cafetería. Puso el periódico y se sentó encima. En Bravo Murillo, esquina a Ferrández de los Ríos, le pararon. Era bajita, amplia falda

ahuecada por el can-can, zapatos de suela de corcho, de «coja», como se decía hace unos años.

—De prisa, a la calle de Goya, 120.

Paco no tuvo más que oír la hablar para comprender que era tonta. En un cruce, un hombre de unos treinta y cinco años que conducía un cuatro-cuatro la miró. Paco la vio unir las cejas para adoptar un aire pensativo. Ella también miraba con el rabillo del ojo. Abrió el disco y los coches se separaron.

—¿No puede correr más?

—Es inútil, no le alcanzaremos.

—No lo digo por eso, es que llevo tarde.

Se comía con los ojos el cuatro-cuatro. Cuando llegaron, abonó el trayecto, sin propina, y contoneándose entró en el portal. Paco dio la vuelta al coche para coger la calle de Alcalá. Al llegar a ella le volvieron a parar. Eran dos hombres. Uno ya de alguna edad. Traje de color crema de alpaca, camisa de grandes rayas encarnadas, corbata granate y zapatos brillantes. Cuando se sentó Paco se dio cuenta de que se depilaba. El otro era una especie de emano crecido. Facciones abultadas, piel muy blanca, traje azul marino y cuello de la camisa abierto, sin corbata. Habló el de más edad:

—Podemos ir primero al Exterior, yo me quedo allí y usted se acerca al Popular.

—Calle, calle, no diga tonterías.

—Hombre... Yo lo digo...

—Primero vamos al de Bilbao. Mi primo ya ha hablado con el director de la Agencia. El nos da la conformidad. Entonces usted, con el talón, va a pagar la letra del Mercantil.

—¿Ha cogido el aviso?

—Sí, aquí lo tengo. ¿Entonces usted lleva las letras a negociar al Central? No olvide que antes de las doce hay que pagarlas.

—Le espero en la puerta del Coca a las doce menos cuarto.

—Pero no me va a dar tiempo... Tengo que hablar con el director de la Agencia 7. Un día tendremos un disgusto.

—Pues procure que no sea hoy. Mi primo está de un genio...

—Y eso que usted es familia, y con usted no se mete.

—Bueno, ¿qué tiene que ver eso? Es que ve que me preocupo de sus cosas.

—Pero a usted le aprecia más que a Julián. Eso que es su hermano.

—Hombre...

—A usted le quiere.

—Pare usted en aquella esquina. Quedamos a las doce menos cuarto en la puerta del Banco Coca.

—Hasta luego. Vamos al Santander. ¿Tiene usted una cerilla?

Paco no se fiaba del viajero deplorado. Por otra parte, mientras no se metiera con él, valía más ser atento. Así, pues:

—Tenga usted mi mechero.

—¿Fuma usted negro? Tenga.

—Gracias.

Paco se amoscaba cada vez más. El viajero tenía una voz chillona.

—Tiene gracia.

—¿El qué?

—Este Pedrito, el que se ha bajado. Se cree alguien. Como si no supieramos...

—Claro...

Aunque la verdad es que Paco no sabía nada.

—Es un chanchullero, como su primo. Viene dándose de importante...

—Los hay así...

—Pero la que manda es la hermana. Cuando la invitan a comer tiene que almorzar en la cocina, con las criadas. Hace falta cara. Si a mí me hicieran una cosa así...

—Claro...

Habían llegado. El viajero pagó.

—Si no tiene prisa, espere por aquí, volveré pronto.

—Bueno.

Pero en cuanto el viajero saltó del coche, Paco lo puso en marcha y se alejó. No le gustaba aquel tipo.

De un portal sintió que le llamaban. Buscó con los ojos. Era un sudamericano. Se le notaba. Paco había adquirido cierta práctica en conocerlos por los hombros. Podía asegurar que era portorriqueño. Hombros estrechos, cuadrados y altos, a poca distancia de las orejas. Acercó el Seat al portal. Había dos hombres y una mujer. Tres maletas. El que tenía la camisa de un pálido tono ro-

sado cogió la suya y subió al automóvil.

—Al aeropuerto.

—¿Al terminal de Iberia?

—No, no, a Barajas.

Gran Vía. Calle de Alcalá. Frente a la iglesia de San José, obras. Como siempre. Como cada verano. Dos docenas de hombres en camiseta arrancaban grandes montones de adoquines. Paco pensó que al viajero deplorado le hubiera gustado verlos. Piel negra de sol. Uno de ellos, desnudo dedio cuerpo, disimulaba la desnudez de su torso con la señal blanca que la prenda dibujó en su piel, mucho más blanca, desde luego, de lo que la camiseta hubiera sido. El pitido insistente de una sirena se acercó. Los coches disminuyeron la velocidad. Pasó una ambulancia. Por el retrovisor Paco vio al portorriqueño achicarse en un rincón del coche. Tenía la maleta fuertemente sujeta sobre las piernas. Como si temiera algo. Si Paco hubiera hojeado aquel diario que bajo él estaba, podría haber leído las señas de un atraco llevado a cabo la noche anterior. Pero Paco no sabía nada. La Policía tenía sospechas de que los culpables eran sudamericanos. Por los datos parecían portorriqueños. Dos hombres y una mujer...

Estaban ya en la avenida de América.

—Aprestúrese.

Y ante los ojos de Paco tres billetes de cien pesetas, en abanico.

—Son suyos si se da prisa.

Estaban en la bifurcación. Torcieron a la izquierda. Un poco más.

Ya estaban en el aeropuerto. El pasajero bajó. Dejó en las manos de Paco los billetes y fue con su maleta hacia la amplia puerta de cristales. Guardó los billetes.

Cómo vive esta gente.

Pensó quedarse hasta la llegada de algún pasajero para Madrid. Pero eran muchos los coches que esperaban. Avanzó lentamente por la avenida y desenvolvió el bocadillo.

—Cuando llegue a Francisco Silveira tomaré una cerveza bien fría.

Le gustaban las sardinas en aceite, pero no pudo terminar el bocadillo. Tenía sed. Cuando lo estaba arro-

jando por la ventanilla le adelantó un coche de la Policía.

—Si parece... ¿Pero cómo iba a ser él? Ya estará subiendo al avión.

Entró en un bar de la calle de Cartagena. Una vieja en un rincón custodiaba una caja llena de cigarrillos de marcas extranjeras. Entró una mujer de unos veintiocho años.

—Buenos días.

—Hola, señorita Encarna.

—Deme cinco chésters.

Fuieron a parar a una pitillera dorada que extrajo de su bolso. Los dedos de la vieja volvieron nuevamente a las narices que abandonaron para efectuar la cuenta de los cigarrillos. La señorita Encarna abandonó el bar y se acercó al taxi de Paco.

—Voy en seguida, señorita.

Pagó su cerveza.

—Usted dirá adónde vamos.

—Lléveme a la Gran Vía.

Buscó en su bolso.

—¿Puede darme lumbre, por favor?

—Tenga usted mi mechero.

—Gracias. Hace calor, ¿verdad?

—Mucho.

—¿Quiere un pitillo?

Paco se acordó de la vieja, y sobre todo de las narices de la vieja. No, muy agradecido. Fumo muy poco.

Paco colocó el retrovisor de forma que reflejase la mayor cantidad de las piernas de la viajera. No tuvo que esforzarse mucho, porque esta era bastante generosa.

—Pare aquí. Espere. Tardaré cinco minutos.

Paco se quitó la gorra y secó el sudor de la badana. De un coche con matrícula extranjera salieron dos matrimonios. Al menos lo parecían. Ellas muy monas, enfundadas las piernas en unos pantalones estrechos de colores alegres.

—Ya estoy de vuelta. Lléveme a alguna piscina.

—¿A cuál?

—Pues no sé...

—¿A la Municipal?

—No, por Dios.

—Creo que está bastante bien.

—Sí, pero no hay más que deportistas.

—Claro.

—Espere... Raúl... Raúl...

—Encarna, hola, ¿cómo estás?

—Muy bien.

—Ya lo veo, ¿Dónde vas?

—A la piscina. Sube. ¿Tienes algo que hacer o me acompañas?

—Tengo que ver a unos señores a las doce y media.

—Vaya. Yo que me había hecho ya mis ilusiones...

—Ayer te llamé por teléfono. Serían las nueve o nueve y media.

—A esas horas no estoy en casa.

—Oye, qué morena estás.

—Qué remedio. Ahora gustan las morenas. Llévemos a la piscina El Lago.

—Sí, señorita.

—¿Tienes un cigarrillo, Raúl?

—Toma. Te estás poniendo muy guapa.

—Eso que no ves lo mejor. Mira qué piernas tan morenas tengo.

Paco no quitaba ojo del retrovisor.

—Quietas las manos, Raúl, que te conozco.

—Me están dando ganas de volver luego a comer contigo.

—Anímate; te espero. ¿Quieres?

—No te prometo nada, pero haré todo lo posible.

—Me gustaría ir a bailar esta tarde.

—Tengo un plan mejor. Como yo estoy solo en casa, podríamos ir allí a bailar. Llevamos algunas cosas y organizamos allí una pequeña fiesta para los dos.

—De acuerdo.

—¿Me enseñarás allí lo morenas que tienes las piernas?

—Allí sí.

—Hecho.

—¿Vienes seguro?

—Sí no puedo ir, te llamo por teléfono para vernos luego; pero haré todo lo que pueda.

La valla blanca de la piscina estaba ya ante ellos.

—Tú puedes volver en el mismo taxi. Oye, sácame la entrada, que no llevo suelto.

—¿Necesitas algo más?

—No. Si vienes luego, ya hablaremos.

—Hasta luego, guapa. Vamos a Princesa, 60.

—¿Quiere que subamos por el Parque del Oeste?

—Es igual. Estas llan a su padre.

—¿Decía usted algo?

—No; hablaba solo.

Eran las doce menos cuarto. La proximidad del río humedecía, refrescándolo, el ambiente. Algunas parejas, con bolsas de colores en las manos, bajaban camino de las piscinas. Según se iba acercando el coche a la Moncloa se notaba más calor. Cuando salieron, las cosas tenían un cansado aire reseco. La noria estaba quieta. Los autos de choque, vacíos. Fuera de un quiosco de bebidas, un hombre en mangas de camisa y con un delantal blanco resguardándole los pantalones, trituraba con un mazo de madera una barra de hielo. Camareros sin chaqueta limpiaban mesas. Madres jóvenes vigilaban por encima de la novela que en sus manos tenían los pasos primeros de sus hijos. Todo fue quedando atrás.

—¡Hemos llegado, señor.

El viajero pagó. Paco llevó su coche hasta la parada de taxis. Sacó un celta de la cajetilla. Lo encendió con cuidado. Sacó el periódico de debajo del asiento y buscó en su interior.

—Vamos a ver qué ponen en el Quevedo.

